

ANTONY BEEVOR

LA BATALLA
DE CRETA

Traducción castellana de
SANTIAGO JORDÁN SEMPERE

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2002
Primera edición en esta presentación: septiembre de 2015

La batalla de Creta
Antony Beevor

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Crete, The battle and the Resistance*

© Antony Beevor, 1991
© de la traducción, 2003, Santiago Jordán Sempere

© Editorial Planeta S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Fotocomposición: Víctor Igual

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-868-6
Depósito legal: B. 17.532 - 2015
2015. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

Índice

Agradecimientos	9
---------------------------	---

PRIMERA PARTE

La caída de Grecia

1. Misiones militares	15
2. Misiones diplomáticas	26
3. Misiones secretas	35
4. Invasión doble	42
5. A través del Egeo	55

SEGUNDA PARTE

La batalla de Creta

6. «Un nuevo “Scapa Flow”»	71
7. «La punta de lanza de la avanzadilla alemana»	84
8. «Fuentes estrictamente reservadas»	94
9. «Una ocasión perfecta para matar»	112
10. Máleme y el «valle Prisión»	129
11. Cara a cara con el enemigo en Rézimno e Iraklion	138
12. La primera noche y el segundo día	152
13. «La invasión de tropas anfibas»	163
14. Desastre en tierra y en el mar	170
15. Punto muerto en Rézimno e Iraklion	183
16. La batalla de Galatás	190
17. Los comandos de Laycock y la fuerza de reserva	200
18. Al sur de la bahía de Suda	210
19. Rendición	222
20. El Cairo y Londres	237

TERCERA PARTE

La resistencia

21.	Represalias, evasión y resistencia	245
22.	En campaña.	258
23.	El momento álgido del poder alemán	272
24.	El año en que cambiaron las tornas	282
25.	El armisticio italiano	294
26.	El secuestro del general Kreipe	311
27.	La retirada alemana	322
28.	Los últimos días de la ocupación	339

APÉNDICES

A.	Organizaciones secretas	355
B.	Orden de batalla de británicos y alemanes	357
C.	Mensajes de Ultra enviados a Creta antes de la batalla	363
D.	Organizaciones políticas griegas	369
	Notas	371
	Bibliografía	383
	Principales siglas empleadas en el texto	389
	Mapas	391
	Índice alfabético	401

Misiones militares

La noche posterior a la salida de las últimas tropas británicas de las playas de Dunkerque, un hombre alto con un ojo de cristal se despedía de su mujer sobre la escalinata del Oxford and Cambridge Club. Era la víspera de su partida en hidroavión hacia Grecia. No volvieron a verse. Un año más tarde, herido grave en la batalla de Creta, los paracaidistas alemanes lo recostaron sobre una pared y lo fusilaron.

John Pendlebury era arqueólogo y, a pesar de su condición de «wykehamista»* y de unos antecedentes en extremo convencionales, un romántico apasionado. Llevaba siempre consigo un bastón de estoque que, según decía, era el arma perfecta contra los paracaidistas. En Creta llegó a ser más conocido como marchamo de su persona que el ojo de cristal, que solía dejar sobre su escritorio para indicar su ausencia cuando se iba a las montañas, a consultar a los capitanes de la guerrilla.

Como tantos catedráticos y arqueólogos, había sido reclutado en 1938 por un departamento especial del Ministerio de Guerra llamado Military Intelligence (Research) (MI(R)), el predecesor de la Junta de Operaciones Especiales (SOE, Special Operations Executive). Dado el excelente conocimiento de Creta que adquirió en su época de custodio en Cnosós, a mediados del decenio de 1930, Pendlebury era un candidato obvio para las operaciones especiales en esa isla. Pero cuando estalló la guerra y no fue convocado, regresó a Inglaterra para desempeñar una misión especial en un regimiento de caballería.

Finalmente fue llamado en mayo de 1940, tras el comienzo de la ofensiva alemana contra los Países Bajos y Francia. Ante la inminencia de la entrada de Italia en la guerra y el interés alemán por los Balcanes, y en particular por los

* Estudiante o graduado en el Winchester College, por el nombre de su fundador, Wykeham. (*N. del t.*)

yacimientos petrolíferos de Rumania, todo parecía indicar que el Mediterráneo oriental sería el próximo campo de operaciones. Otro arqueólogo conocedor del griego que aceptó el uniforme de camuflaje del MI(R) en mayo de 1940 fue Nicholas Hammond, catedrático de Cambridge. Hammond y Pendlebury asistieron a un curso acelerado sobre explosivos, lo que habría de constituir la especialidad del primero: una cualidad inverosímil en un futuro rector y catedrático de griego de la Universidad de Clifton. Hammond era un experto en Epiro y Albania. En Londres, antes de salir de misión, Pendlebury insistió —con más ironía que paranoia— en que, como medida de seguridad, conversaran siempre por teléfono en griego: Hammond en dialecto epirótico y Pendlebury en cretense.

Aunque mayor que la mayoría de quienes se presentaban voluntarios para acciones de sabotaje o para integrarse en los grupos de retaguardia, Pendlebury era uno de los que más en forma estaban. Ya en sus tiempos de Cambridge había descollado como corredor y saltador de altura y, siendo miembro del Achilles Club, había trabado amistad con Harold Abrahams y lord Burghley. En un ejercicio previo a la guerra realizado en Cnosós, había recorrido más de mil seiscientos kilómetros por las montañas cretenses.

Con un preaviso de apenas un día, los cuatro miembros del MI(R) destinados a Grecia y Albania fueron citados por el Ministerio de Guerra. Se trataba de Pendlebury, Hammond, un empresario de Zagreb y otro arqueólogo, David Hunt, un catedrático becado en el Magdalen College que fue diplomático después de la guerra. El 4 de junio fueron escoltados hasta la estación Victoria por un oficial de los Foot Guards en impecable uniforme de servicio, con pantalones de montar, botas relucientes y casco de gala. Entre el trajín de los exhaustos evacuados de Dunkerque, su presencia inmaculada aportaba una de esas pinceladas surrealistas que constituyen una de las grandes e inconscientes especialidades del *establishment* británico.

Se embarcaron a bordo de un hidroavión en el puerto de Poole y despegaron sin saber cuál sería su derrota. El profundo avance de las columnas alemanas en Francia obligó al piloto a dar un gran rodeo. Para repostar amerizó en Arcachon, al sur de Burdeos, y luego en Sète, Bizerta, Malta y Corfú. En Atenas se denegó el permiso de entrada a todos los pasajeros menos a Pendlebury, porque sus vestimentas, propias de «empresarios» y «funcionarios», inspiraron recelos. Durante el período que precedió a la invasión italiana, el gobierno griego se mostró vigilante ante cualquier maniobra británica que pudiera comprometer su neutralidad.

Pendlebury, en su condición de antiguo custodio de Cnosós, pudo entrar en el país. Al poco saltó a Creta, donde comenzó a contactar con amigos durante sus interminables caminatas y a preparar grupos de resistencia contra la invasión de una isla de tanta importancia estratégica.

Al vetárseles la entrada a Grecia, Hammond y Hunt no tuvieron más op-

ción que seguir hasta Egipto, donde fueron adscritos al 1.º batallón del regimiento galés de Alejandría. Este batallón demostraría más tarde su valor militar en Creta pero, para quienes se habían presentado voluntarios como milicianos, la rutina del tiempo de paz resultaba asfixiante. «Todos los domingos los oficiales celebraban una fiesta de la medianoche a las tres de la madrugada (exclusivamente con cócteles de champán), a la que invitaban a las personas jóvenes y hermosas de Alejandría. A las tres todos nos sentábamos a comer rosbif y Yorkshire pudding.* La temperatura solía ser estable, rondaba los 32 grados Celsius.»¹ Como Italia declaró la guerra el 10 de junio, dos días después de que Hammond y Hunt llegaran a Alejandría, esta curiosa existencia no duró demasiado.

Aquel verano, mientras los británicos se preparaban para repeler la invasión y se producían las primeras escaramuzas en el desierto occidental, el régimen del dictador griego, general Ioannis Metaxas, perfectamente consciente de la amenaza que suponía el ejército italiano que había ocupado Albania en abril de 1939, hizo cuanto pudo por evitar el enfrentamiento.

El gobierno de Atenas llegó a ignorar el hundimiento por un submarino italiano de su crucero *Helle* mientras cumplía funciones de navío de guarda ceremonial durante las celebraciones religiosas de la isla de Tinos. Esa moderación excepcional no les valdría de nada.

Pocas campañas militares se han efectuado con tanta meticulosidad como la invasión italiana de Grecia, iniciada el 28 de octubre de 1940. Mussolini quería en un principio invadir Yugoslavia, pero Hitler vetó firmemente su propuesta. Las materias primas yugoslavas tenían casi tanta importancia para la empresa bélica germana como el petróleo de Rumania. En cierto sentido, resulta sorprendente que Hitler no vetara también la invasión de Grecia. Había sido avisado en infinidad de ocasiones de las intenciones italianas y puede darse por cierto que Mussolini se lo comentó durante un aparte en la reunión de Brenner, celebrada el 4 de octubre.

El Duce presentó su futura campaña como parte de un doble ataque simultáneo a las posiciones británicas en el Mediterráneo oriental: la captura de Mersa Matruh debía ir seguida por el dominio italiano del Egeo. Por aquel entonces, ese plan encajaba con la «estrategia periférica» de Alemania, consistente en atacar el Reino Unido de cualquier forma menos por medio de un asalto directo. Pero Hitler no había calibrado plenamente el talento del régimen italiano para el desastre.

Emanuele Grazzi, el ministro que representaba a Italia en Atenas, despertó al general Metaxas a las tres de la madrugada para presentarle un ultimá-

* Masa que se hornea en la salsa restante del asado. (*N. del t.*)

tum, sin conocer siquiera sus condiciones exactas. Esta mascarada diplomática constituía un insulto, además de un agravio, puesto que, en ese momento, las tropas italianas ya habían atravesado la frontera albanesa. El general Pappagos, jefe del estado mayor griego, telefonó al coronel Blunt, el agregado militar británico, menos de media hora después. Blunt se dirigió de inmediato a los locales del cuartel general, donde comprobó que reinaba una sangre fría digna de encomio en vista de las circunstancias.

Las manifestaciones populares que tuvieron lugar el día siguiente mostraron que el país se había unido de manera instintiva. El «¡no!» con que replicó Metaxas a Grazzi todavía se conmemora todos los años el 28 de octubre, el día de fiesta nacional, conocido como «día *ohí*». Arrebatados por la fiebre patriótica, tanto los partidarios de Venizelos, liberales antimonárquicos, como la izquierda olvidaron temporalmente que la dictadura realista de Metaxas había violado la Constitución y proscrito a la oposición.

Metaxas, con la autoridad del recientemente restaurado rey Jorge II, había prohibido los partidos políticos en virtud de un decreto del 4 de agosto de 1936. Su dominio fue apuntalado por la policía ordinaria y secreta de su fiel secuaz, Constantinos Maniadakis, ministro de Seguridad Nacional.

La preocupación constante de los regalistas y liberales griegos por la Constitución había consistido durante mucho tiempo en una contienda de orden secundario que les permitió ignorar el problema real de su nación: la división entre una capital ensimismada y el campo y las islas, patéticamente descuidados. Este fracaso de las dos principales fuerzas políticas, seguido por la dictadura metaxista, que fue conocida como el «cuarto régimen de Augusto», brindó posteriormente a los comunistas una oportunidad en la Grecia continental.

El paralelismo con la situación española resulta sorprendente. La diferencia en el curso de los acontecimientos que condujo en ambos casos a la guerra civil reside principalmente en la secuencia cronológica. En España, la dictadura de Primo de Rivera durante el decenio de 1920 contuvo la explosión hasta la segunda mitad de la década de 1930. En Grecia, la idéntica pretensión de Metaxas de imponer el orden militar sobre el caos civil fue seguida por la campaña albanesa y la ocupación alemana. Eso hizo que la explosión quedara postergada hasta el final de la segunda guerra mundial, poco después de que las tropas británicas llegaran a Atenas.

El 28 de octubre de 1940, cuando el ministro británico sir Michael Palaioret apareció en el balcón de la Legación británica fue aclamado tanto por los partidarios del régimen como por sus opositores. La Legación, sita en una gran mansión rosa y blanca de la avenida Kifisia, había sido propiedad de Eleuterios Venizelos, el gran estadista liberal de la primera guerra mundial, cuya postura proaliada había contribuido a la deposición del rey Constantino, proalemán y padre del rey Jorge II. En la Creta natal de Venizelos, la explosión de patriotismo estuvo a punto de provocar la destrucción de la fuente Mo-

rosini de Iraklion, que databa de principios del siglo XVII, porque era veneciana y, por lo tanto, «enemiga».

Los reservistas no esperaron a recibir su llamada a filas: se presentaron de inmediato. Los entusiastas soldados, hacinados en los trenes que partían hacia el frente, dispararon a modo de salva aproximadamente un millón de cartuchos. Muchas unidades se dirigieron al frente a pie, pues el transporte motorizado era casi desconocido en el ejército griego. En las montañas Pindus, los hombres, mujeres y niños ofrecían sus personas y sus animales de tiro para transportar las municiones y los avituallamientos por ese terreno escarpado y sin carreteras. A los pocos días, el avance italiano se detuvo.

Creviendo que su campaña sería prácticamente una marcha triunfal, el ejército italiano de Albania no había sido dotado de unidades de ingenieros. Los errores de estrategia (como una avanzadilla fútil en la masa montañosa de Epiro en lugar de dirigirse directamente hacia el puerto clave de Salónica) exasperaron a Hitler tanto como la incompetencia con la cual se llevó a cabo la campaña. Simuló no haber sido informado con antelación de los pormenores de la empresa.

En lugar de la breve campaña que habría impedido la entrada del enemigo en el continente europeo, Hitler comprobó que la campaña de Mussolini volvía a poner sobre el tapete el compromiso británico con la independencia de Grecia asumido en abril de 1939, tras la invasión italiana de Albania. En Salzburgo, el 18 de noviembre, el Führer dio a entender al ministro de Exteriores italiano, conde Ciano, que la llegada de bombarderos de la Royal Air Force a la región donde se concentraba su principal fuente de suministro, los yacimientos de Ploesti, era culpa de Mussolini.

La preocupación de Hitler por esos yacimientos se agravó cuando quedó claro que sus maniobras para disipar las suspicacias rusas por la presencia de tropas alemanas en Rumania habían fracasado. La amenaza de que se abriera un nuevo frente en su retaguardia inmediata pasó a ser una de sus mayores inquietudes.

Fue necesario reformular el plan original del estado mayor de invadir Grecia (operación Marita) y Gibraltar (operación Félix), en aplicación de la «estrategia periférica» contra los dominios imperiales británicos en el Mediterráneo. La imperturbable intransigencia del general Franco hizo imposible la operación Félix pero, fuere como fuere, Hitler, que tenía puestas sus ambiciones en Rusia, perdió interés por el Mediterráneo. Por su parte, la operación Marita había adquirido más importancia que nunca. Había que reforzar los flancos para el próximo avance hacia el este.

Los temores de Hitler eran excesivos. La presencia de la RAF en Grecia era mucho más testimonial de lo que imaginaba, ya que el gobierno de Metaxas se negaba a permitir que los británicos realizaran cualquier operación contra los yacimientos petrolíferos rumanos. Un grupo improvisado de escuadro-

nes aéreos, bajo el mando del general de división D'Albiac (consistente en un primer momento sobre todo en aviones Blenheim y Gladiator), fue enviado desde Egipto para apoyar al ejército griego en el frente albanés. Para no provocar a los alemanes, los bombarderos no podían estacionar más allá de Eleusis y Tatoi, dos lugares próximos a Atenas.

Para esa avanzadilla —a cuyos componentes se les había anunciado de pasada, en su tienda de campaña en el desierto, «Mañana partís hacia Grecia»—, amerizar con un hidroavión Sunderland en la estación aérea naval de Falerón, junto a Atenas, fue un episodio conmovedor.² Eran las primeras fuerzas británicas que volvían a pisar abiertamente territorio europeo desde la caída de Francia.

Los jóvenes pilotos que participaban tenían la actitud despreocupada característica de la época. En el escuadrón 211, muchos eran entusiastas de las carreras de coches y se habían conocido en el paddock de Brooklands. Motejaban compulsivamente todos los objetos y personas que les rodeaban, dando a los aviones apodos como «Bloody Mary» y «Caminix» y, a los pilotos, motes como «el obispo» Gordon-Finlayson, «chispa» Pearson o «tembleque» Dawson.

Pronto se acostumbraron a su nueva vida. De día lanzaban ataques aéreos sobre los puertos albaneses de Durazzo y Valona, siguiendo un esquema peligrosamente repetitivo, conocido con el nombre de operaciones «misma hora, mismo sitio». Y por la noche se divertían en Atenas, donde comenzaban su ronda en el Zonar y luego iban a los cabarets Maxim o Argentina, en los que intercambiaban codazos y ocasionalmente puñetazos con supuestos «turistas» alemanes que no engañaban a nadie. En el Argentina solían quedarse a charlar, después del espectáculo, con la cantante y bailarina rubia Nicki, sin saber que era novia de un miembro de la Sección D (otra organización predecesora de la Junta de Operaciones Especiales), que trabajaba confidencialmente para la Legación.

Como gesto suplementario de apoyo y para recabar «información de primera mano sobre los méritos relativos de los dos ejércitos»,³ Churchill exigió el despacho de una Misión militar británica al ejército griego. El cuartel general de Oriente Medio recibió esta orden a los pocos días de la invasión italiana y, al final de la segunda semana de noviembre, el general de división Gambier-Perry fue enviado sobre el terreno desde Egipto, junto con un estado mayor muy condensado.

Aunque el coronel Blunt, que ejercía las funciones de agregado militar, estaba en una posición delicada, se entendió a la perfección con el general Gambier-Perry. Pero, a finales de año, éste fue enviado en una breve misión a comandar las fuerzas británicas en Creta. Fue sustituido por el general de división T. G. Heywood.

Heywood había sido agregado militar en París antes de la caída de Francia. Su negativa a reconocer las deficiencias del ejército francés constituía una tarjeta de presentación poco halagüeña. Harold Caccia, primer secretario de la Legación, lo consideraba «inteligente, pero no excesivamente sagaz».⁴ Heywood era una persona quisquillosa. Tenía un rostro musculoso típicamente militar, bigote, mirada dura, ojos pequeños y monóculo. Ambicioso como era y «con inquietudes políticas», hizo que la Misión militar británica pasara de tener poco más de media docena de oficiales a más de setenta, lo que convenció a muchos miembros del ejército griego de que su organización iba a constituir el núcleo de una fuerza expedicionaria.

Heywood puso también a su compañero de equipo de artillería, Jasper Blunt, en una situación intolerable. Se trataba de un hombre perspicaz, que había ido forjándose un conocimiento excelente del ejército griego. Era también el único oficial británico presente en Atenas que había logrado reconocer el noreste amenazado del país, antes de que el estado mayor griego vetara cualquier visita a la zona. El coronel Blunt, por su mayor conocimiento de la situación local, habría debido integrarse en la Misión como oficial superior de inteligencia, pero Heywood había traído consigo a un hombre de confianza, Stanley Casson, lector de arqueología clásica en el New College de Oxford, quien, pese a su brillantez y a tratarse de un veterano del frente de Salónica en la primera guerra mundial, apenas si estaba al corriente de la situación. Quizás la adscripción más excéntrica fuera la del coronel Rankin, procedente del ejército estacionado en la India, con sus curiosos pantalones de montar y una larga túnica de caballería, que sobresalía tanto por los lados que se le conocía como «el evzón indio».*

En su mayor parte, la Misión militar estaba compuesta por oficiales regulares escogidos o voluntarios conocedores del país. El coronel Guy Salisbury-Jones, miembro de los Coldstream Guards, era el jefe de operaciones del estado mayor. Su ayudante directo era el comandante Peter Smith-Dorrien, que moriría en la explosión de la bomba puesta por los terroristas en el hotel King David.

Entre los capitanes y subalternos jóvenes destacan Charles Mott-Radclyffe, un diplomático reconvertido en soldado que había prestado servicios sobre el terreno en Atenas tan sólo dos años antes; Monty Woodhouse, un wykehamista de 23 años de aspecto serio y riguroso pensamiento que, unos pocos años más adelante, ya con el grado de coronel, ejercería una función destacada, junto con Nick Hammond, en el desbaratamiento de la maniobra de los comunistas griegos para acabar con los grupos guerrilleros rivales; Michael Forrester, que pronto descollaría en Creta por sus dotes casi míticas para liderar a las

* Miembro de un cuerpo de infantería especial del ejército griego. Su cambio de guardia en la plaza de Síntagma es hoy una atracción turística. (*N. del t.*)

tropas irregulares en la lucha contra los paracaidistas alemanes; y Patrick Leigh Fermor, a quien Woodehouse calificó de «reencarnación de Byron» por haberse unido a un regimiento de caballería griego durante la revolución venizelista de 1935 y que posteriormente haría honor a su apelativo al protagonizar algunas de las aventuras guerrilleras de tintes más románticos de la guerra.⁵

La trayectoria precoz de los deleites itinerantes de Leigh Fermor ha sido bien documentada en sus libros, a pesar de lo cual, mientras se dirigía a Atenas, sus dotes sobrenaturales para la supervivencia a punto estuvieron de no surtir efecto. El crucero de Su Majestad *Ajax*, con el que había llegado desde Alejandría, amarró en la bahía de Suda, en la costa septentrional de Creta. Él y Monty Woodhouse fueron a la antigua ciudad veneciana de Canea para tomar una copa y fumar un narguile.

Más tarde, un soldado raso del Black Watch que conducía una camioneta de reparto se detuvo y los recogió para acercarlos a la bahía de Suda. Pero resultó que estaba borracho y conducía descuidadamente por unas carreteras que, según las describió Pendlebury, «se habían convertido en unas ruinas artísticas». La camioneta volcó en la cuneta y Leigh Fermor, herido en la cabeza, debió permanecer en el hospital mientras zarpaba el *Ajax*. Finalmente llegó a Atenas una semana después.

El oficial de enlace de la Misión con el gobierno griego era el príncipe Pedro de Grecia, primo del rey Jorge II y antropólogo que había pasado mucho tiempo en el Himalaya. Por su condición de anglófilo cabal y por un «sorprendente repertorio de canciones obscenas», era muy apreciado por los oficiales británicos.⁶ La Misión no estaba en condiciones de ofrecer asesoramiento válido sobre el combate en montaña. «Indudablemente, los griegos no carecían de coraje —apuntó un corresponsal de guerra—, pero, en su opinión, la guerra en las montañas no era apta para los métodos modernos, de modo que volvieron a adoptar instintivamente tácticas que se remontaban a un siglo atrás.»⁷ Forrester, que trabajaba para Salisbury-Jones, describió el conflicto como «una guerra balcánica más, con un armamento algo obsoleto».

La incertidumbre sobre cuál era la auténtica tarea de la Misión militar británica se agudizó por el entorno irreal en el que vivía y trabajaba. Inmediatamente después de la invasión italiana, el gobierno griego había requisado el hotel Grande Bretagne, en la plaza de la Constitución, y lo había convertido en la sede de sus cuarteles generales. Era uno de los mayores edificios de Atenas y sus inmensas bodegas constituían un refugio seguro ante los ataques aéreos.

El general Metaxas se adjudicó la oficina del director, al rey se le asignó un salón privado y la reputación de «Jimmy», el camarero, de ser el hombre mejor informado de Atenas, creció aún más cuando el general Melisinos, el jefe adjunto del estado mayor, instaló su oficina al otro lado de la fila de botellas.

«El mayor espectáculo del edificio —escribió el coronel Blunt en su diario— era Maniadakis, el jefe de la seguridad pública. Tenía un inmenso escri-

torio de caoba que casaba a la perfección con su gigantesco volumen. Sobre él había dispuesto una fotografía descomunal del general Metaxas en un marco de plata maciza y una batería de teléfonos que no habrían desentonado en la oficina de un jefe de policía de una novela o película policíaca. Maniadakis cogía el auricular con su tremenda muñeca y bramaba exigiendo que se pusiera al aparato algún prefecto provincial o jefe de policía remotos, vociferando de paso que ahogaran a todos los mecanógrafos, no sólo porque estaba encolerizado, sino porque le gustaba gritar. Mientras duraba la escena, todo su círculo inmediato de oficiales y amigos se arracimaban sentados en torno a él, pendientes de sus palabras y tratando de discernir las palabras que procedían del otro extremo.»⁸

Durante la sorprendente y triunfal campaña del ejército griego contra los italianos, el estado mayor conjunto de planificación y el alto estado mayor de Londres no querían que la ayuda británica fuera más allá de los escuadrones de soldados y bombarderos que ya se habían enviado. Una manera de contribuir a la vez a los intereses griegos y británicos en el Mediterráneo oriental consistía en asumir la responsabilidad de Creta, que los italianos querían ocupar para transformar en una base naval y aérea. Metaxas sospechaba que los británicos tenían intenciones ocultas respecto de aquella isla de semejante importancia estratégica, pero en aquel momento eran sin duda el mal menor. Pese a la aparición de la anglofilia, los griegos no habían olvidado que Venizelos había calificado esa patria de «mendigo de las grandes potencias».

En Londres, por una vez, las opiniones de los almirantes, los generales y los mariscales del aire coincidían y Churchill estaba de acuerdo con ellos. Haciéndose eco de reminiscencias de la Gran Flota de 1914, exigió que se hiciera del gran puerto natural de la bahía de Suda, en la costa septentrional de Creta, «un nuevo “Scapa Flow”».^{9*}

El almirante Cunningham, comandante supremo del Mediterráneo, ya había planeado, con la aprobación griega, crear una base naval en ese lugar. Las primeras tropas británicas que habían de enviarse, el segundo batallón, el regimiento de York y de Lancaster, recibieron la orden de movilizarse cuarenta y ocho horas después de la invasión italiana. El segundo batallón del Black Watch, que también formaba parte de la 14.^a brigada de infantería, los siguió a los pocos días.

El despacho de las tropas británicas para proteger la bahía de Suda hizo posible que el gobierno griego desplazara la 5.^a división de Creta al continente. Harold Caccia, que había asumido temporalmente las funciones de sir Mi-

* «Scapa Flow», nombre de la bahía que albergaba la gran base naval de Escocia, desde la que se controlaba el mar del Norte y el Atlántico Norte. (*N. del t.*)

chael Palairret, dio garantías formales al gobierno griego, afirmando que «protegeremos Creta».¹⁰

Esta decisión —perfectamente lógica siempre y cuando los británicos cumplieran su compromiso— sería posteriormente lamentada por los cretenses con una amargura completamente justificada. «¡Si hubiera estado aquí la división!», fue el clamor casi universal que se oyó cuando se produjo la invasión aérea alemana de la isla tan sólo medio año después.

La división cretense atracó en Salónica la segunda semana de noviembre de 1940. Debido a la falta de medios de transporte, se vio obligada a recorrer a pie la mayor parte del trayecto que separa Macedonia de Kastoriá, unos setenta kilómetros al sur del lago Prespansko, donde confluyen las fronteras de Grecia, Albania y Yugoslavia. Los cretenses formaban parte de la reserva de las diez divisiones del ejército griego, apostadas a lo largo de un frente que se extendía al suroeste, a través de las montañas Pindus, hasta la costa de Epiro, enfrente de Corfú.

Durante la segunda mitad de noviembre y la mayor parte de diciembre, el ejército griego avanzó valerosamente, haciendo retroceder a los italianos más allá de la frontera albanesa, pese a lo escarpado del terreno, las inclemencias meteorológicas y sus escasos recursos en aviones y vehículos blindados. El 28 de diciembre su flanco derecho se había estabilizado en Pogradets, sobre el lago Ohridsko.

En esa guerra librada en las montañas sólo sobrevivieron los más habituados a las condiciones más extremas. Los oficiales británicos se maravillaban ante la estoica resistencia de los soldados griegos, equipados con armamento que databa de la primera guerra mundial —en gran parte arrebatado al ejército austriaco— y con «ropa y calzado de una calidad deplorable».¹¹ Muchos iban envueltos en harapos. Durante la marcha hacia el frente, algunos civiles, compadecidos, regalaron sus abrigos a los más afortunados. Fue el invierno más duro que recordaban los vivos. Las bajas debidas a la congelación fueron muy superiores a las de los caídos en acción. Sólo los heridos que podían andar tenían alguna posibilidad de sobrevivir. Era casi imposible evacuar a quienes habían de ser transportados en parihuelas. Los suministros, tanto de raciones alimentarias como de municiones, eran sumamente irregulares, ya que prácticamente todo debía llegar a lomos de mulas. Los animales de tiro que quedaban cojos eran abatidos y la tropa hambrienta se abalanzaba sobre sus despojos. En varias ocasiones, los aviones Blenheim de la RAF debieron lanzar sacos de alimentos a las unidades hambrientas y cercadas por la nieve. Hasta el agua constituía un problema, ya que no se disponía de combustible para fundir la nieve.

En la fase siguiente, la división cretense luchó en la parte central del frente. Durante los últimos días de enero de 1941, la 5.^a división destacó en la conquista del monte Trebesina y de Klisura, una importante encrucijada de carre-

teras. Un solo regimiento cretense provocó la desbandada de la 58.^a división de Leniano. Otra de las formaciones enemigas de este sector fue la 51.^a división de Siena, que posteriormente ocuparía la parte oriental de Creta: en 1943, después del armisticio italiano, Paddy Leigh Fermor ayudaría a su comandante a huir de la isla.

Leigh Fermor, en una de sus escapadas de la atmósfera claustrofóbica de los cuarteles generales de Atenas, visitó el frente albanés, pero no le llamó especialmente la atención la 5.^a división. La única diferencia que lograría recordar más tarde sería la cordialidad de los cretenses, a pesar del salvaje frío imperante, y el modo en que llevaban los fusiles a la espalda, como si de un yugo se tratara, porque era la manera tradicional de los pastores de llevar sus garfios. Por entonces no podía imaginar la importancia que iba a adquirir Creta.